**Sábado XIX del TO  
Ciclo C**

13 de agosto de 2022  
Ez 18, 1-10.13.30-32  
Sal 50  
Mt 19, 13-15  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Con Jesús, el honor[[1]](#footnote-1), el valor central en aquella cultura, que dependía fundamentalmente del linaje y que se manifestaba en una serie de signos externos da un giro y cambia de valor a la luz de la nueva experiencia del Dios: “*los últimos serán los primeros*”; “*el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir*”. El dinero ya no es señal de la bendición divina, como lo consideraba la teología rabínica, si no el mayor impedimento para entrar en el Reino de Dios. Las estructuras patriarcales quedan relativizadas, y cambia profundamente la consideración de los niños y de las mujeres, como vemos en el texto que ahora examinamos.

Jesús estaba dando un vuelco total a la mentalidad de su tiempo. Tenemos que darnos cuenta que habían surgido otros movimientos de renovación en tiempos de Jesús, que se caracterizaban por radicalizar las normas de pureza, por reafirmar la identidad étnica y que, por tanto, eran movimientos exclusivistas; se dirigían a una élite de puros y elegidos. Es lo que caracteriza a los fariseos, nombre que quiere decir “*los separados*”; los esenios de Qumrán traducían esta separación físicamente y se iban al desierto, lejos de un pueblo y de unas instituciones corrompidas y contaminadas; ellos eran el verdadero Israel que esperaba al Mesías.

Sin embargo, Jesús quiere hacer exactamente lo contrario. Su predicación se caracteriza por ser inclusiva, por buscar a la gente, por no marginar a nadie, por anunciar a todos la llegada de Dios y su Reino. No es ninguna casualidad que esta actitud y este anuncio desencadenasen un fuerte conflicto intrajudío. Pero a Jesús no le importa; él convoca a todos en vista del Reino de Dios.

En las sociedades occidentales actuales, la esperanza de vida supera ampliamente los setenta años, y la mortalidad infantil es reducidísima. En la sociedad preindustrial del siglo I, por el contrario, un tercio de los niños nacidos con vida morían antes de los seis años. Antes de los dieciséis moría el 60 %; el 75 % antes de los veintiséis; sólo un 3 % llegaba a los sesenta años.

La consideración social del niño estaba en las antípodas de la que se da hoy entre nosotros. No existía ninguna idealización moral del niño; tampoco se le consideraba valioso a los ojos de Dios, porque no era capaz de cumplir la Ley. Más en el mundo greco romano que en el judío, pero era frecuente abusar de los niños, por ejemplo dedicándoles a la mendicidad o simplemente abandonándolos o criándolos para venderlos como esclavos después[[2]](#footnote-2).

En el presente relato se menciona la costumbre frecuente presentar niños pequeños a los escribas o a otros personajes semejantes para que los bendijeran. Una de las primeras cosas que se enseñaba a los niños era a saludar con deferencia a los maestros o rabinos. Mientras el saludo ordinario era « *¡la paz contigo!*», el saludo a los maestros era «*la paz contigo, mi profesor y mi maestro*». Esta dependencia total del niño y su respeto profundo hacia los maestros es lo que está debajo del texto. Con el gesto de imposición de las manos se indica ante todo que Jesús quiere ocuparse de los pequeños, incluso en los momentos más graves[[3]](#footnote-3). Los niños se acercaban constantemente a su padre, y los alumnos a su maestro, para que los bendijeran imponiéndoles las manos[[4]](#footnote-4).

El rechazo violento de los discípulos no está dictado por la envidia ni por un movimiento pasajero de impaciencia, sino por una incomprensión fundamental del ministerio de Jesús, que es lo que se indica en el texto. Los discípulos se irritan al ver que los niños detienen al Maestro en el momento en que se dispone a subir a Jerusalén para sufrir allí (o para reinar, según sus expectativas). Pero Jesús no sólo se detiene y reprende a los discípulos, sino que hace de su gesto una enseñanza sobre los que se parecen a los niños en general, y no a estos niños concretos que le son presentados. Lo que dice Jesús es desconcertante para los oyentes. Porque no es sólo una invitación a hacerse como niños, sino una declaración y una verdadera promesa hechas a todos los que son tales: el reino es de ellos; es como un recuerdo las Bienaventuranzas.

Que los discípulos «riñan» a los niños significa que no quieren a los niños, pero también que no quieren ser como ellos, no quieren ser niños-pequeños-últimos. El enfado de Jesús es una muestra «plástica» de la barbaridad de la acción de los discípulos si se tiene en cuenta la enseñanza inmediatamente anterior[[5]](#footnote-5). Con su gesto, esos discípulos que dicen buscar y hacer la voluntad de Dios están regañando-rechazando a Dios (con quien Jesús acaba de identificar a los niños). La supuesta fe religiosa de los discípulos se ha quedado en palabras o ideas y no ha trascendido a la experiencia vital. Así ocurre tantas veces, como cuando hay que comprometerse, rebajarse, donarse o hacerse servidor, y esos contenidos de la fe religiosa que se dicen profesar se olvidan de repente, y lo que prima es el interés del ego propio. A esto se le puede llamar «inconsecuencia» (o no ser consecuentes) y es lo contrario a la «autenticidad». La historia del cristianismo está llena de inconsecuencias, pues siempre los contenidos han estado claros (el amor, el servicio solidario, la negación de sí, la renuncia al rango, etc.), pero las acciones, algunas veces hechas «en nombre de Dios», han contradicho flagrantemente esos contenidos. Y eso tanto en el nivel social como en el personal, tanto en el nivel público como en el privado. Afortunadamente, también el cristianismo está lleno de «consecuencia», es decir, de creyentes que han mantenido vivos los contenidos en su experiencia vital y no los han arrojado al desván de la mente, sino que los han vivido en el amor, el servicio y la solicitud cotidianos. Por desgracia esto tan bello se da más en el ámbito de vidas concretas que en el macromundo de las sociedades, por muy «cristianas» que se autotitulen.

Los discípulos quieren impedir que se acerquen a Jesús esos pequeños insignificantes. Pero éste se identifica con ellos; Jesús es el excluido por antonomasia, es el servidor, es el que no cuenta y eso lo tendrán que aprender sus seguidores para vivirlo.

Cuando Jesús dice que «*de los que son como ellos en el Reino de los cielos*» está invirtiendo radicalmente la visión de la realidad. A esta luz se entiende que la invitación a hacerse como los niños es, ante todo, la llamada a la solidaridad con la marginación, con la exclusión, con los que no cuentan[[6]](#footnote-6). Esto significa que quien no reciba el reino como niño no entrará en él; y también, que sólo quien se ha abierto para acoger en sí a los pequeños y a la pequeñez podrá acceder a ese estadio vital de plenitud que es el amor que Dios es y que todos somos (o deberíamos ser). Porque el amor es una fuerza plenificante que, paradójicamente, sólo puede darse-gustarse desde el anonadamiento, desde la donación incondicional de sí, desde la inferioridad de quien ve al otro como más importante que uno mismo. Los protagonistas del reino, de ese vivir en plenitud la vida, son, pues, todos los «don nadie» que simbolizan aquí los niños. Por tanto, en el Reino de Dios, en la familia de Jesús, rango igual a cero. Así de contundente es este pasaje.

Fíjense que las cosas son hoy muy diferentes y en nuestra sociedad occidental los niños, cada vez más escasos, gozan en general de un gran aprecio, mientras que los ancianos que eran los patriarcas venerados en el mundo mediterráneo del siglo I , cada vez más numerosos en nuestros días, son el grupo social más marginado. Probablemente las palabras que Jesús dirigió a los niños se las dirigiría hoy a los ancianos.

Por tanto, no se interesa Jesús por la inocencia infantil o por parecidas representaciones románticas, sino por la total dependencia y necesidad del niño. El niño depende en su entera existencia de lo que los adultos hagan por él; no ha entrado todavía en el proceso social de rendimiento. Más bien debe recibirlo todo, dejarse regalar. Frente al reino de Dios no cabe para el hombre una actitud distinta.

Podemos extraer de estos versículos que la coacción, el mérito o la conducta calculadora estropean de raíz todo lo importante. Para el hombre adulto que se comprende a sí mismo básicamente a partir de su éxito o de sus méritos resulta ciertamente todo eso difícil de ver claro, aunque consistan esos méritos en un cumplimiento piadoso y estricto de la Ley, en la conciencia del deber o en la actual mentalidad económica de éxito y de rendimiento. Para Jesús es el niño, la actitud del niño (¿o deberíamos hoy decir, del anciano?) que lo espera todo y lo recibe todo, la que a él le interesa[[7]](#footnote-7).

1. Cfr. Rafael Aguirre. *El Jesús histórico a la luz de la exégesis reciente*. Revista Iglesia viva, nº 210, abril-junio 2002 [↑](#footnote-ref-1)
2. «La costumbre de abandonar a los niños no deseados está bien documentada en el Egipto romano... No es que un niño no deseado muriese siempre. Abandonado en el estercolero del pueblo (y apareciendo registrado este lugar ya para siempre como el lugar de su nacimiento) podía ser recogido y puesto al servicio de una familia. Nada se desperdiciaba en el mundo antiguo, tampoco un niño abandonado». «Los siervos que obtenían la libertad podían verse obligados a dejar sus hijos en las casas de sus amos para que sirviesen durante décadas; era un intercambio, ya que muchos esclavos habían llegado a esta condición como un precio para salvar su vida cuando fueron abandonados por sus padres al nacer y criados por quienes les encontraron con el fin de venderlos más tarde». Cfr. S. DIXON, *The Roman Family*, Baltimore 1992, pp 98 y 132. [↑](#footnote-ref-2)
3. …recordar que Jesús va camino de Jerusalén para morir. [↑](#footnote-ref-3)
4. «La familia judía tenía dos sentimientos opuestos ante los hijos. Por un lado, consideraba al niño como uno de los principales signos de la bendición divina; por eso lo quería más de lo que era habitual en los demás pueblos y lo rodeaba de cuidados más solícitos : se le frotaba con sal y se le fajaba al nacer; era circuncidado al octavo día, si era varón; «*rescatado*» del servicio del templo el día trigésimo, si era primogénito; amamantado por la madre hasta los tres; hacia los cuatro años se le ponía el hábito de franjas adornado con borlas; un año después se le confiaba a su padre para que le enseñara a leer en los Libros Sagrados; luego, a los maestros adecuados, en grupos de veinticinco; a los doce años era «presentado», es decir, introducido en la comunidad religiosa y, revestido de filacterias, era llamado el sábado siguiente para hacer la lectura de la Ley ante la asamblea. Pero, por otra parte, entre los judíos como en los demás pueblos de entonces, el niño era un individuo insignificante en la vida social: no tenía voz en las reuniones; su misión esencial consistía en escuchar y aprender. A este aspecto de la condición infantil se refiere la mayor parte de los textos evangélicos sobre los niños». Pierre Bonnard. *Evangelio según San Mateo*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1975 [↑](#footnote-ref-4)
5. …y la enseñanza inmediatamente anterior había sido: «*los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron — ¿Quién es el más grande en el remo de Dios? Él llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos y dijo: —Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como los niños, no entrareis en el reino de Dios. Quien se humille como este niño, es el más grande en el reino de Dios. Y el que acoja a uno de estos niños en atención a mí, a mí me acoge*.» (18, 1-5) [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Rafael Aguirre. *Aproximación actual al Jesús de la historia*. Universidad de Deusto. Bilbao, España. 1996 [↑](#footnote-ref-6)
7. Cfr. Josef Blank*. Jesús de Nazaret. Historia y mensaje*. Ed. Cristiandad. Madrid 1973 [↑](#footnote-ref-7)